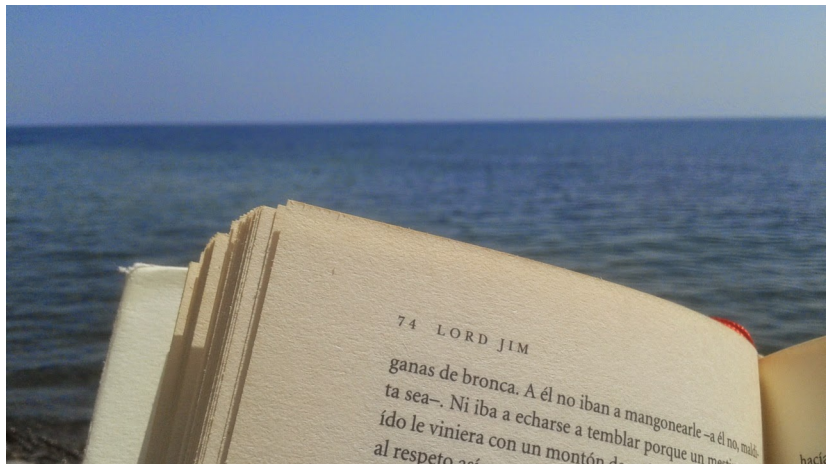


La elección de Lord Jim

 registrodeayeres.blogspot.com.es/2014/08/la-eleccion-de-lord-jim.html

“Estamos solos, sin excusas. Es lo que expresaré diciendo que el hombre está condenado a ser libre. Condenado, porque no se ha creado a sí mismo, y, sin embargo, por otro lado, libre, porque una vez arrojado al mundo es responsable de todo lo que hace”

Jean Paul Sartre. El existencialismo es un humanismo.



Este año he vuelto a Rodalquilar.

Hace diez años que vine por primera vez y como es lógico, las escenas de las distintas visitas terminan superponiéndose. Me gustan las repeticiones, porque con ellas el tiempo se hace redondo y parece perder su terca cualidad de fugitivo, su huída constante camino del futuro. Volver a los paisajes desiertos, a las piteras, a las palas y a las nubes que acarician las cimas de los montes, a las playas remotas, a los peces, al mar y a las terrazas, a la impunidad del tapeo y de las horas muertas, es una forma de enlazarse a la vida, de salirle a la vida por la tangente del tiempo.

Leer Lord Jim junto al mar, impregnada de salitre y de arena, es también una forma de ensartar en el hilo del tiempo viajes sucesivos. La línea del horizonte evoca lejanías y eternidades. La espuma de las olas cercanas, felices retornelos. El libro, el volumen (una edición de Pre-textos), nos une al devenir lentísimo de las horas estivales, porque ya estuvo aquí, en Rodalquilar, a finales de julio, hace ya muchos años, en unas manos ajenas, pero cercanas. Y aún queda en sus páginas la huella del paso de ese primer lector. Es un libro demasiado voluminoso para llevar a la playa, pero sus ecos, aligeran el lastre.

Lord Jim también acarrea un lastre. Un lastre que a nadie nos es ajeno pues tiene que ver con la culpa. Alguien a quien lo sucedido en el pasado atormenta de tal manera que le impide vivir. Sólo un lugar donde nadie sepa lo que sucedió puede otorgar al protagonista la salvación momentánea. Un error, una decisión precipitada, un acto ciego y fugaz y minúsculo puede hacer virar el destino del alma humana. Sobre todo cuando el olvido se hace imposible. Así huye Lord Jim de los puertos donde soñó vivir. Así llega a la selva, al corazón de la selva. Y así, tristemente así, el fracaso y la culpa acaban por darle alcance.

Entre tanto, sucede Conrad, la fuerza de su narración, la precisión de sus adjetivos, las historias intercaladas, los personajes y sus reflexiones, el ambiente del puerto. Sucede una capacidad narrativa excepcional que sabe enlazar anécdotas, sucesos y pensamientos, como si alguien nos estuviera contando esa historia en la cubierta de un barco una noche de verano (demasiado largo, dicen los críticos, para una velada en un barco, pero en eso consiste la literatura). Y si se aguza un poco el oído se pueden hasta escuchar las gaviotas y los motores del barco y la voz grave de un marino que grita: hombre al agua, y el rasgar eólico de las velas, y el olor de la brea. Y el temor de la tempestad

incipiente: las nubes bajas, plumizas, el viento que se detiene, el zarpazo del relámpago.

Porque más allá de las aventuras del protagonista, más allá de la descripción de un lugar en el mundo, Lord Jim nos habla de nuestros propios miedos. Atraviesa las páginas y se convierte en una parte de nosotros. Camina a nuestro lado unos días y luego lo vemos alejarse, siempre con tristeza, envuelto en una nube romántica de ensoñación aventurera. Lord Jim es esas dos caras que viajan a nuestro lado: el hombre que se salva y el que se sacrifica. Tal vez la palabra huida sea el diapasón que afina su paso por el mundo. Huir de esa condena que consiste en elegir y que siempre nos deja en la boca el gusto amargo de los caminos que hubiéramos podido tomar. El ¿qué hubiera pasado si?

El drama del protagonista produce desasosiego. El relato de Conrad anula esa tristeza, esa nostalgia. La lectura de la novela nos proporciona un extraño placer. Huir de nosotros mismos. Volver a Rodalquilar desde sus páginas, con ese excedente de felicidad que nos permite adentrarnos impunemente en los laberintos más oscuros del sufrimiento humano. Al fin y al cabo la felicidad es estar fuera de sí. O perdonarse.